

Una mala táctica: una de cal y otra de arena



DECIA en mi anterior artículo que "el pastor católico... no puede ser el dictador tiránico de ayer ni el delicuescente (y no 'delincuente', como se me hace decir equivocadamente en el artículo) oportunista de hoy". Este oportunismo es el que está matando a la Iglesia, no sólo como institución —que eso sería bueno—, sino como impulsora de vida. Su crédito moral está bajando por momentos, y su acción carece de verdadera eficacia a largo plazo.

Dom Franzoni es el antiguo abad de San Pablo Extramuros, en Roma. Un hombre conocido en Italia por sus posturas avanzadas y comprometidas en lo social. Tan comprometidas que últimamente apareció colaborando claramente con el Partido Comunista Italiano.

Es Dom Franzoni un renovador que no ha podido resistir la asfixia que produce la burocracia y la profesionalización eclesiásticas. Que ha querido vivir la espontaneidad del Evangelio (como expone en su último libro, editado en España por Marova). Un benedictino como él era lógico que captase esta vertiente evangélica. El fundador de su Orden, San Benito, fue en su tiempo un hombre social; salvó —a través de sus monjes— lo mejor de la cultura antigua, y supo hacer vivir a sus seguidores conjuntamente la oración y el trabajo agrícola, aunque fuese al nivel micro-económico, que era la única variación de estructura que entonces se procuraba.

La historia de Franzoni ha sido coherente con esta exigencia del Evangelio y de su maestro. Se parece en eso a la trayectoria de otros muchos clérigos o religiosos que les ha quemado la inquietud por superar los rutinarios esquemas eclesiásticos y apostólicos que todavía existen en la Iglesia. Como le pasó al padre salesiano Girardi.

Pero a la gran institución esto le molesta. Como le ocurrió hace siete siglos a San Francisco de Asís cuando quiso revolucionar pacíficamente la acción de los religiosos de su tiempo. A los cardenales de Roma les resultó escandaloso que quisiese fundar una orden religiosa basándose en el Evangelio sin glosa, sin aditamentos. Y ahora está ocurriendo algo parecido: el Evangelio es demasiado escandaloso para los monseñores de Curia. La escena evangélica del buen samaritano es difícil de asimilar en la práctica eclesiástica. El que resulte en aquella anécdota el hereje el único que fue bueno con el herido les parece escandaloso a los bien situados en la Iglesia. Los eclesiásticos y los seglares dedicados al apostolado fueron en cambio los malos, los que le de-

jaron abandonado y maltrecho, a pesar de su religiosidad oficial.

En cambio, los hombres corrientes de hoy entendemos muy bien esa parábola evangélica, y por eso no es tan fácil que nos asustemos con excomuniones ni con suspensiones "a divinis". Con Dom Franzoni se ha inaugurado además una nueva acción condenatoria: la reducción al estado laical, separándole públicamente de toda función sagrada porque era un estorbo a la cómoda rutina de términos medios que está usando la jerarquía eclesiástica.

El Decreto del 2 de agosto contra Franzoni rezuma, bajo melosas palabras, el deseo de hacer pasar por el aro al antiguo abad benedictino, intentando una humilde sumisión al aparato paralizador que tiene la gran institución.

Franzoni, tras el golpe recibido, ha declarado su decisión de "continuar la lucha en la Iglesia por su renovación". Admirable tesón: continuar la lucha, pero "en la Iglesia" a pesar de todo. No salirse de ella ni considerarse fuera de su ámbito, por más inconformista que se sea. Esa es la postura adoptada hasta ahora por algunos tenaces que no queremos ceder en nuestro afán de que el Evangelio deje de estar mediatizado por la incuria, la rutina, el afán de poder o la coacción.

Ante estos hechos eclesiásticos estamos —seamos sinceros— ante "una operación represiva, amplia y orquestada", como dice la revista cristiana *Nuovi Tempi*. Operación que ya no puede presentarse con el ropaje anacrónico del integristismo o del conservadurismo religioso, que estuvo en auge hasta hace bien poco en el Vaticano. Ha de revestirse de una moderación centrista. Por eso, al mismo tiempo que se le expulsa de la clereatura al abad Franzoni, se abre la caja de los truenos contra un arzobispo conservador monseñor Marcel Lefèbvre. El mismo fondo en ambas medidas descubre el juego dominador de la jerarquía curial que no cambia de método, aunque lo envuelva hoy con otros tintes para confundir, bajo su relativa apertura, a los inocentes creyentes que de buena fe creen todavía en esta estructura de poder que se creó en la Edad Media, en contra de la sencilla acción evangélica que existía en los primeros siglos de cristianismo.

Estos "desobedientes" católicos, con posturas doctrinales tan distintas, coinciden en una cosa: en seguir tranquilamente su conciencia sin amilanarse por las sanciones eclesiásticas exteriores. Y también coinciden en no hacerse las víctimas espectacularmente. Son hombres sencillos y pacíficos y no exaltados ilumina-

dos, como querría presentarlos Roma. Por eso Dom Franzoni ha dicho públicamente que no apelará contra la determinación del ex Santo Oficio (organismo que sólo se ha lavado la cara exterior, pero sigue con los mismos afanes inquisitoriales de siempre). Y monseñor Lefèbvre celebrará una Misa por el antiguo rito latino de San Pío V en Lille, pero lo hará sin publicidad, aclarando que esta ceremonia "será de carácter privado", ya que "no quiere que sea considerada como un desafío al Vaticano".

Un grupo de escritores católicos franceses, religiosamente conservadores, como Michel de Saint-Pierre, Louis Salleron y Gustave Thibon, han escrito una carta a Pablo VI haciéndole ver "la gran emoción producida en Francia" por la medida vaticana contra el arzobispo Lefèbvre, antiguo misionero de África, ex superior general de los misioneros del Espíritu Santo y arzobispo que fue de Dakar. Muchos franceses abiertos, y que no cumulan en lo religioso con este obispo, se acuerdan también de lo mucho que ellos sufrieron cuando soplaron otros vientos menos centristas en Roma, y no se alegran de que sigan estas medidas restrictivas, aunque sea contra quienes ayer estaban injustamente en el candelero romano.

Si la Iglesia dice, por boca de su jerarquía, que toda estructura humana debe defender los derechos humanos básicos, y entre ellos el derecho de expresión y el derecho de reunión, ¿cómo es que quiere cortar toda posibilidad de lo uno y de lo otro a estas dos figuras representativas del catolicismo actual que está dividido entre progresistas y tradicionalistas? Que la jerarquía exprese su propia opinión me parece excelente, aunque pueda estar equivocada. Pero que pretenda coartar la opinión pública en la Iglesia, que tanto defendió como un derecho eclesial el Papa Pío XII, me parece incongruente y no puedo por menos de decirlo, aunque sea a propósito de figuras eclesiásticas tan distintas, una —la de Dom Franzoni— con la que me siento muy unido, y otra —la de monseñor Lefèbvre— con la que me siento en los antipodas. Pero no es eso lo importante, lo decisivo es la libertad dentro de la convivencia, lo mismo en la Iglesia que en la sociedad civil, si es que de verdad creemos en ella. ■